

Ayudas para la plena Certidumbre



Charles H. Spurgeon

El Púlpito del Tabernáculo Metropolitano

Ayudas para la plena Certidumbre

Nº 1791

Sermón predicado la mañana del Domingo 20 de Julio por Charles Haddon Spurgeon. En el Tabernáculo Metropolitano, Newington, Londres.

“Estas cosas os he escrito a vosotros que creéis en el nombre del Hijo de Dios, para que sepáis que tenéis vida eterna, y para que creáis en el nombre del Hijo de Dios” — 1 Juan 5: 13 ([α](#)).

¡Cuán sencillo es todo esto! Juan tenía alas de águila para remontarse a las alturas y ojos de águila que le permitían penetrar en los grandes misterios, y, sin embargo, de todos los escritores del Antiguo o del Nuevo Testamento, Juan es uno de los que escribe con mayor sencillez. No se esfuerza nunca por mostrarnos la grandeza de su mente o lo grandioso de su retórica; por el contrario, habla cual niño a quienes son niños en la escuela del amor. Yo quisiera que todos los que procuramos enseñar a otros recordáramos esto y que nuestra presencia menguara en nuestra lección.

Es igualmente notable cuán práctico es Juan. Cuando escribe, siempre tiene una intención digna en cada línea: “Éstas se han escrito”, dice, y explica cuál era el propósito al escribir el registro. Estas epístolas no están escritas para deslumbrarnos, ni para conducirnos a la especulación, ni para gratificar nuestra curiosidad, sino que han sido escritas “para que sepáis que tenéis vida eterna”. El objetivo práctico pudiera parecer algo trivial para los muy ambiciosos entusiastas del pensamiento moderno, pero Juan sentía una profunda veneración por asuntos que los modernos desprecian. Los lugares comunes de la teología son los pastos más verdes en los que las ovejas de Dios se alimentan y descansan. Es de muchísimo mayor provecho para nosotros saber que tenemos vida eterna que ser capaces de predecir el futuro de los imperios o prever el destino de los reyes. Es de más importancia práctica para nosotros saber que tenemos vida eterna que ser capaces de explicar todos los misterios o que hablar en lenguas. Juan actúa

de acuerdo a su amoroso corazón cuando escribe para guiar a sus hermanos a un conocimiento cierto de su posesión personal de la vida eterna.

Comunica su propósito para que él mismo pueda servir de ayuda para lograrlo, pues al informar a los hombres de entendimiento el motivo por el que escribe, los incita a ver su propósito y a avenirse a él. “Estas cosas os he escrito a vosotros que creéis en el nombre del Hijo de Dios, para sepáis que tenéis vida eterna, y para que creáis en el nombre del Hijo de Dios”. Queridos amigos, si este es el designio del inspirado apóstol, no nos tardemos en cooperar con él; oremos esta mañana pidiendo la plena certidumbre de la fe para que sepamos con certeza que la vida eterna palpita en nuestros corazones. Que ustedes que no han creído en Jesús sientan un ferviente deseo en el interior de sus espíritus de dar ese paso preliminar y se conviertan así en creyentes en el Hijo de Dios.

Entonces, vayan al texto y consideren con nosotros, primero, para quién fue escrito: “Estas cosas os he escrito a vosotros que creéis en el nombre del Hijo de Dios”; en segundo lugar, con qué fin fue escrito: “Para que sepáis que tenéis vida eterna”. Esto nos conducirá a considerar, en tercer lugar, cómo lo escrito en esta epístola conduce a esta bendita confianza; y luego, por último, tendré que solicitar su atención a un asunto agregado que nunca es olvidado por Juan, aun cuando escribe con el propósito de promover la más elevada forma del logro cristiano: “para que creáis en el nombre del Hijo de Dios”. Ellos ya creían en el sagrado nombre; con todo, seguía siendo una parte de su propósito confirmarlos en esa fe, y conducirlos a grados más elevados de ella.

Que el Espíritu Santo haga provechosa nuestra meditación.

I. Primero, entonces, brevemente, ¿PARA QUIÉN FUE ESCRITO ESTO? Es importante observar el destinatario de una carta, pues yo pudiera estar leyendo una comunicación dirigida a alguien más, y si contuviera buenas nuevas, podría estarme engañando si me apropiara de esas nuevas.

Esta epístola y este texto específico en ella fueron escritos para todos aquellos que creen en el nombre del Hijo de Dios. En una parte de la epístola dice: “Os escribo a vosotros, hijitos”; luego dice: “Os he escrito a vosotros, jóvenes”; más adelante dice: “Os he escrito a vosotros, padres”;

pero aquí les escribe a bebés, a jóvenes, y a padres englobados bajo la única descripción incluyente de quienes han creído en el nombre del Hijo de Dios. Nuestro discurso es, por tanto, para todos los que son creyentes en Cristo. Hijito, tú que acabas de comenzar la vida espiritual, quisiéramos que llegaras a tener la confianza de que tienes vida eterna. Joven que luchas enconadamente con el pecado, quisiéramos verte fortalecido para tu conflicto por saber que tienes vida eterna. Y ustedes, padres, esperemos que no hayan llegado hasta este punto sin ese conocimiento; pero ya sea que lo hicieran o no, estas cosas están escritas para que en sus años maduros ustedes lleguen a alcanzar la plena convicción de que la vida de Dios es robusta en su interior. Ninguna persona, ya sea joven o vieja, está excluida de este texto a menos que sea una persona incrédula.

Este texto no está escrito para incrédulos: es para todos los que confían en Jesús, pero no es para nadie más. Si ustedes preguntan por qué no está dirigido a los incrédulos, yo respondo, simplemente, que es porque sería ridículo desear que las personas tuvieran la certidumbre de algo que no es cierto. Juan nunca deseó que un hombre que no hubiera creído en Jesucristo pensara siquiera que tenía vida eterna, pues eso sería un error fatal. “El que rehúsa creer en el Hijo no verá la vida”; ¿cómo, entonces, pudiera tener la seguridad de poseerla? La fe antecede necesariamente a la certidumbre; se tiene que tener primero la hierba de la fe antes de que se pueda tener el grano maduro de la certidumbre. Queridos amigos, no sueñen con tener la certeza de la salvación sin haberse asegurado de que se han confiado al Salvador crucificado. La expiación presentada por Jesucristo, el Hijo de Dios, da la seguridad de la salvación a todos los que confían en ella, pero a nadie más. Eso sería cambiar el orden estipulado de las cosas; sería hacerles a ustedes un daño real y tal vez fatal si los condujéramos a dar por sentado que tienen vida eterna antes de que hubieran creído sin reservas en el Señor Jesucristo. “El que cree en el Hijo tiene vida eterna; pero el que rehúsa creer en el Hijo no verá la vida, sino que la ira de Dios está sobre él”. Hablo, por tanto, a todos los que han venido a Cristo, prescindiendo de cuán imperfecta y subdesarrollada pudiera ser todavía su vida espiritual, pero no invito a nadie más al banquete de la gozosa confianza. Como con una encendida espada desenvainada, las palabras de Juan guardan el camino como lo hizo el querubín a la puerta del Paraíso; sus palabras: “Estas cosas os he escrito a vosotros que creéis en el nombre del Hijo de Dios”, impiden que todo aquel

que no hubiere creído en Jesús soñara con tener la vida eterna. ¿Qué tienes que ver con el reposo, y la paz, y la bienaventuranza de la plena seguridad, a menos que hubieras recibido al Salvador designado en la confianza de tu corazón?

Podemos deducir de este comunicado dirigido a todo el pueblo de Dios y a nadie más, que en el mundo hay algunos verdaderos creyentes que no saben que tienen la vida eterna. Un número muy notable de verdaderos creyentes desconoce este hecho alentador. Por ejemplo, ciertos cristianos creen que aun si son salvos ahora todavía pudieran perderse; que aun si tienen la vida de Dios en ellos, esa vida pudiera extinguirse. Amados, yo ruego por ustedes pidiendo que sepan que tienen vida eterna, y no una vida temporal. La vida que imparte el Espíritu Santo al creyente no es una cosa de días y semanas y meses y años; su morada está en la región de la eternidad. La vida que Dios pone en nosotros es prácticamente una vida divina gracias a la cual somos hechos “participantes de la naturaleza divina, habiendo huido de la corrupción que hay en el mundo a causa de la concupiscencia”. Fuimos engendrados de nuevo a una vigorosa o viva esperanza en el día de nuestra regeneración. El nuevo nacimiento de lo alto por el Espíritu de Dios es un nacimiento a una vida interminable. “Siendo renacidos, no de simiente corruptible, sino de incorruptible, por la palabra de Dios que vive y permanece para siempre”. Junto al pozo de Samaria nuestro Señor nos da otra figura: “El que bebiere del agua que yo le daré, no tendrá sed jamás; sino que el agua que yo le daré será en él una fuente de agua que salte para vida eterna”. Muchos imaginan que este manantial puede fallar. No me aventuraré a decir cuánto consuelo pierden los amados hijos de Dios porque no captan la absoluta inmortalidad de la nueva vida; pero esto sí diré: que para mí es la propia corona y gloria del Evangelio que si yo recibo a Jesús en mi alma y el Espíritu Santo me imparte la nueva vida, recibo una bendición eterna. ¿No ha dicho Jesús: “Yo doy a mis ovejas vida eterna; y no perecerán jamás, ni nadie las arrebatará de mi mano”?

Además, un gran número de miembros del pueblo de Cristo que pudieran ser perfectamente sanos en la visión doctrinal de la naturaleza de esta vida, no saben que la poseen en este momento presente si son creyentes. Me he dado cuenta de que cuando tratan de escribir sobre este texto, aun los comentaristas y la mayor parte de los predicadores que nos

han dejado sermones impresos al respecto leen el texto como si dijera: “para que ustedes sepan que tendrán vida eterna”. Hablan acerca de la plena seguridad de que un día habremos de entrar en la gloria. Les pido que me disculpen, pero el texto no dice nada de ese tipo; es “para que sepáis que tenéis vida eterna”, aun aquí, en esta hora presente. La vida espiritual que está en el creyente en este momento es la misma vida que estará en él en el cielo. La vida de gracia es la vida de gloria en ciernes: es la misma vida, sólo que es menos desarrollada. En el artículo de la muerte no recibiremos otra vida que la que tenemos mientras moramos temporalmente aquí abajo. La muerte pone un sello en lo que es, pero no produce nada. Tiene que haber un cambio muy palpable obrado en el cuerpo, pero en cuanto al espíritu, la vida de Dios que está en él ahora es la vida que morará en él a lo largo de toda la eternidad. Nuestra vida de fe es vida eterna. Queremos que los hijos de Dios que creen en Jesús estén convencidos de que la llama sagrada que enciende su lámpara hoy es el mismo fuego que brillará delante del trono de Dios por siempre; ellos ya han comenzado a ejercitar esas santas emociones de deleite y gozo que serán su cielo; ellos ya poseen en alguna medida esas percepciones y esas facultades que serán suyas en la gloria. Recordemos eso y sepamos que, como creyentes, nosotros tenemos vida eterna.

Además, hay algunos cristianos que creen en todo esto y cuya teoría es perfectamente correcta, pero, con todo, cada uno de ellos clama: “yo necesito saber que tengo vida eterna. Necesito una más plena certidumbre de salvación de la que ya he conseguido”. Ese es también nuestro deseo para ustedes, pues si saben que han creído en Jesús han sido ciertamente vivificados con la vida eterna y deberían saberlo.

Pero el texto está dirigido exclusivamente a quienes han creído. Si tú no has creído en el glorioso nombre del Bienamado, entonces acude de inmediato y pon tu confianza en Él. Este es el Evangelio para todo incrédulo: “Cree en el Señor Jesucristo y serás salvo”. Pues “el que creyere y fuere bautizado, será salvo; mas el que no creyere, será condenado”. Un incrédulo puede tener una seguridad de que se perderá, pero no puede tener una certeza de ser salvo, o de que alguna vez lo será. Primero, cree en el nombre del Hijo de Dios, quien apareció para quitar el pecado. Confía en Su gloriosa Persona, en Su obra terminada, en Su sacrificio acepto, en Su

intercesión prevaleciente y en Su glorioso advenimiento que todavía ha de suceder. Míralo a Él, y sé salvo. Descansa sobre el único fundamento que Dios ha puesto en Sion, y entonces a ti te será enviada la palabra de esta consolación, pero sólo entonces.

II. Entonces, en segundo lugar, tengo que mencionar ahora CON QUÉ FIN HA ESCRITO JUAN.

Cuando él dice: “Para que sepáis que tenéis vida eterna”, pienso que lo primero que quiso decir es que sepan que todo aquel que cree en Jesucristo tiene vida eterna. Esto no es un hecho acerca de ti y de unos cuantos solamente, sino que es una verdad general: todo aquel que crea en el nombre del Hijo de Dios tiene vida eterna. No podemos dudar de eso; no es un asunto de inferencia y deducción sino que es una revelación de Dios. No has de formarte una opinión al respecto, sino que has de creerlo pues el Señor lo ha dicho. Escucha estas palabras: 1 Juan 5: 1: “Todo aquel que cree que Jesús es el Cristo, es nacido de Dios”. Así lo dice el Espíritu de Dios y así debe ser. No necesitamos ninguna otra evidencia; si recibimos el testimonio de los hombres, el testimonio de Dios es mayor. El Espíritu de Dios da testimonio de esto, y como el Espíritu es verdad, Su testimonio es ciertamente verdadero: acepta Su testimonio y no pidas otro. Está escrito en 1 Juan 5: 12, “El que tiene al Hijo, tiene la vida; el que no tiene al Hijo de Dios no tiene la vida”. Este es el invariable testimonio de toda la Escritura, y especialmente de los escritos del apóstol Juan. ¡Cuántas veces insiste en que el creyente tiene vida eterna! Yo les suplico que nunca cuestionen esa declaración. Grábenla en su mente, pues si tienen alguna duda al respecto, socavan el Evangelio, rechazan el testimonio del Señor y niegan al Espíritu Santo. Ustedes no se comportarían tan perversamente, por tanto, glorifiquen a Dios creyendo en Su testimonio.

Pienso que Juan quiso decir en este pasaje algo más, y lo consideraremos como un hecho, es decir, quiere que sepamos que tenemos personalmente vida eterna, haciéndonos saber que creemos personalmente en Jesús. Una cosa es creer que todo creyente tiene vida eterna; pero es algo muy diferente saber que yo soy un creyente y que por eso mismo tengo vida eterna. He leído acerca de un individuo que cayó al agua, y cuando se hundía vio un arcoíris arriba en el cielo. “Ah”, pensó, “Dios hizo un pacto

de no destruir la tierra con un diluvio, y no obstante, eso no es ningún consuelo para mí, pues me temo que voy a ahogarme”. Las provisiones más grandes de la gracia no nos sirven de nada a menos que tengamos un interés personal en ellas. Es cierto que todo creyente tiene vida eterna, pero ¿de qué me sirve si no soy un creyente?

Es una cosa muy singular que la gente no sepa si cree en Jesús o no, pues es un conocimiento comprobable. Yo sé si pienso; yo sé si resuelvo; yo sé si dudo; por tanto, debería saber si creo. Pero como saben, la naturaleza humana experimentó una terrible torcedura en la Caída, y ha caído en una región muy nebulosa, de manera que los ojos del entendimiento ahora sólo miran oblicuamente y el aire que la rodea es desagradablemente húmedo. Tal vez me pidan que hable por mí mismo, pero yo les aseguro que eso es lo que hago; pero, al mismo tiempo, no dudo en decir lo mismo de ustedes. De ti, mi diestro amigo, que eres tan maravillosamente lúcido, no me sorprendería que fueras el más ciego y el más confundido de todo el grupo. La peor oscuridad es la que ciega tanto a un hombre que piensa que puede ver mejor que otras personas. Todos nosotros estamos en un estado tan confuso que no debemos sorprendernos ante ningún enunciado o sentimiento extraños. Cuando oyes que hay hermanos que aseveran que una persona que no tenga la certeza de creer tiene que ser necesariamente un incrédulo, puedes decirte: “Ese amigo no lo sabe todo”. No hay forma de estimar la inconsistencia y contradicción posibles de la mente humana. Yo me he encontrado a veces en algún estado mental en que he cuestionado la posibilidad de que haya un grano de gracia en mí, y sin embargo, me he aferrado a Jesús con un mortal apretón de mano. En tales momentos mi mente ha operado mórbidamente y su camino ha sido trastornado. Bunyan habla de haber sido: “muy revolcado por todos lados en sus pensamientos”; y mi condición mental casi ha coincidido con eso. Es muy posible que un hombre sea un creyente muy sólido y, no obstante, que cuestione si tiene alguna chispa de fe. He oído que algunos ministros ridiculizan ese estado de cuestionamiento interior, y, ciertamente, es ridículo para todos excepto para quienes lo experimentan. Si alguna vez te aqueja esa lastimosa afección, la absurdez de tu enfermedad no disminuirá su dolor. Nuestras aflicciones mentales no tienen que ser lógicas; pueden estar llenas de angustia, y sin embargo, podrían ser sumamente irrazonables. Probablemente conozcan a algunas personas que son excesivamente nerviosas; tienen miedo de que

caigan los cielos o de que la tierra se parta; eso es muy estúpido, pero la agonía generada por eso es muy real. Hay muy poco del espíritu cristiano en el hombre que puede aumentar el tormento mental convirtiéndolo en una burla. Eso no es derramar aceite en la herida sino frotar sal en ella. Sin duda las dudas que muchos tienen acerca de su seguridad personal son muy irrazonables, pero no por eso un siervo de Dios ha de escarnecer a quien las sufra, pues el Señor Jesucristo tenía compasión del ignorante. Él no quebró la caña cascada, ni apagó el pábilo que humeaba, y tampoco debemos hacerlo nosotros. Yo he sido personalmente enseñado a ser tierno con los pobres que dudan pues con frecuencia he sido uno de ellos. Daría a veces todo lo que tengo por ser capaz de sentirme siquiera como el más insignificante miembro de la familia del Señor. En este momento yo disfruto de una plena seguridad, pero no siempre estoy en la cima del monte, y, por tanto, tengo entrañas de compasión para con otros porque yo mismo estoy cercado por la debilidad. No podemos juzgar duramente como si las cosas fueran como quisiéramos ordenarlas teóricamente, sino que debemos tratar con las cosas como son; y no puede cuestionarse que algunos de los mejores creyentes son a veces sometidos severamente a eso, es decir, si son creyentes en absoluto. La oración de Juan es que tales personas, sí, y que todos los creyentes, puedan conocer con una certeza más allá de toda duda que tienen vida eterna.

Hasta aquí la naturaleza humana está tan descoyuntada que es necesario que les diga lo que pareciera ser superfluo que les diga: que es posible la plena certeza de poseer la vida eterna. La Iglesia de Roma enseña que nadie puede tener la certeza de tener vida eterna, excepto unos cuantos a quienes pudieran serles dadas revelaciones sobrenaturales. Ese tipo de doctrina persiste en el aire del protestantismo; muchas personas piensan lo mismo aunque no lo digan. ¡Es imposible saber si ustedes han sido vivificados! Debería ser imposible albergar alguna duda al respecto. Racionalmente, un hombre que vive debería saber que está vivo. Nadie debería darle sueño a sus ojos o reposo a sus párpados mientras albergue alguna duda acerca de su estado eterno.

Eso es posible, y si es posible, es muy deseable, pues cuando un hombre sabe que posee vida eterna, ¡cuán grande consuelo es para él! ¡Cuánta gratitud le produce a su espíritu! ¡Cómo le ayuda a vivir por encima del

mundo! ¡Con qué santo ardor se entrega al servicio de Dios sabiendo que tiene una recompensa eterna! No tiene que desperdiciar el tiempo calculando evidencias y examinándose perpetuamente, pues se ha examinado y se ha apoyado en Cristo y sabe que tiene vida eterna. ¡Con cuánta rapidez progresa, pues deja los rudimentos y sigue adelante a la perfección! Sin cuestionar más, muestra una santa intrepidez, y va de poder en poder en embelesada comunión y en extática dicha; avanza de gloria en gloria, y su fe materializa para él, aun mientras se encuentra aquí abajo, los goces que están reservados para los redimidos. Lo repito, si la plena certeza es posible, entonces es eminentemente deseable.

Y voy un poco más lejos: es nuestro deber obtener la plena seguridad. No se nos habría ordenado que procuremos hacer firme nuestra vocación y elección si no fuera justo que tengamos seguridad. Estoy seguro que es bueno que un hijo de Dios sepa que Dios es su Padre, y que nunca tenga alguna duda en su corazón en cuanto a su condición de hijo. Yo sé que es bueno que un alma que está desposada con Cristo conozca el dulce amor del esposo, y que no tolere nunca que alguna nube de sospecha se interponga entre el alma y el pleno goce del amor de Cristo. Por tanto, yo quisiera exhortarlos a que prosigan hasta saber que tienen vida eterna. Hermanos míos, Juan, muerto, aún habla por este Libro: él los llama a saber que el Hijo de Dios ha venido, y que nos ha dado entendimiento para conocer a Aquel que es verdadero, y que estamos en Aquel que es verdadero, es decir, en Su Hijo Jesucristo. Como creyentes nos ordena que reposemos firmemente nuestras almas sobre la promesa de nuestro Dios fiel.

Con mucha pena les recuerdo a algunos de ustedes que, como no han creído, no tienen parte ni suerte en este asunto, y que el discípulo amado no les habla a ustedes.

III. En tercer lugar, llego al punto en que me gustaría poner el énfasis del discurso esta mañana: ¿QUÉ FUE LO QUE DIJO JUAN EN ESTA EPÍSTOLA QUE CONDUCE A NUESTRA PLENA SEGURIDAD? ¿Cómo nos ayuda a saber que somos creyentes, y por consiguiente, a saber que tenemos vida eterna? No puedo intentar un exhaustivo resumen (un resumen) de esta sumamente bendita epístola, pero voy a seleccionar unos cuantos incisos de los muchos que hay. Sería algo muy valioso hacer una

exposición sobre esta epístola que fuera escrita para mostrar cómo capacita a los hombres a saber que tienen vida eterna; y tengo la confianza de que sin violentar en lo más mínimo ni una sola frase, podría mostrarse que toda la carta atañe a la seguridad. El deseo del apóstol de que todos los creyentes sepan que tienen vida eterna es el hilo de seda en el que son ensartadas las perlas. Ahora los creyentes deberían saber que tienen vida eterna y no deberían dudarlo nunca, pues la propia palabra de Dios les asegura que así es. Recuerden aquella palabra del Señor Jesús en Juan 6: 47: “De cierto, de cierto os digo: el que cree en mí, tiene vida eterna”. ¿Dudarán del “De cierto, de cierto” del Señor? La palabra de Cristo aun sin el apoyo de ninguna evidencia externa es más que suficiente para satisfacer a toda mente agraciada. “Sea Dios veraz, y todo hombre mentiroso”, sí, que toda circunstancia sea mentirosa. Todo lo que hemos considerado como evidencia debe ser considerado como una mentira si niega la declaración del Señor. De esta sencilla fe en Dios viene naturalmente la seguridad por la operación del Espíritu de Dios en el corazón. Tomen una leche pura, no adulterada, y déjenla reposar, y pronto obtendrán crema. La fe es la leche y la plena seguridad es la crema en ella; y cuando haya permanecido el tiempo suficiente, pueden observar la rica crema de la santa confianza sobre su superficie. El testimonio de Dios es verdadero, y por tanto, debe ser creído, sí, debe ser creído con plena certeza. De acuerdo a todos los rectos principios la seguridad debería aumentar en función del lapso durante el cual la fe se ocupa de la promesa segura. Yo he confiado mi alma en Cristo, por tanto, tengo vida eterna. ¿Cómo lo sé? Lo sé porque el Espíritu de Dios lo ha declarado así en la Palabra de Dios. Así ha hablado Él: “El que cree en el Hijo tiene vida eterna”. Yo creo en el Hijo, y, por tanto, tengo vida eterna. ¿Me aseguran los amigos que ven la vida en mí? Se los agradezco mucho, pero no necesito su evidencia. “El que cree... tiene el testimonio en sí mismo”. Cuando el Espíritu Santo ha hecho una declaración, sería equivalente a una impertinencia ya fuera solicitar u ofrecer cualquier evidencia adicional sobre ese punto. Por tanto, ese asunto no es mi tema. Supongo que no debemos ofrecerles ningún otro argumento para demostrar la vida eterna de los creyentes más allá de esto: Dios lo ha dicho.

El asunto que puede ser argumentado al respecto es este: “¿Creo en Jesús? ¿Soy un creyente en tal sentido que tengo vida eterna?” Busquemos en la epístola para encontrar una ayuda en esta investigación.

Encontrarán, primero, que Juan menciona como evidencia un trato sincero con Dios, en fe y confesión de pecado. Naturalmente los hombres caminan en oscuridad o falsedad para con Dios; pero cuando hemos creído en Jesús, comenzamos a caminar en la luz de la verdad. Lean en el primer capítulo de la epístola, del versículo 6 al 9. “Si decimos que tenemos comunión con él, y andamos en tinieblas, mentimos, y no practicamos la verdad; pero si andamos en luz, tenemos comunión unos con otros, y la sangre de Jesucristo su Hijo nos limpia de todo pecado. Si decimos que no tenemos pecado, nos engañamos a nosotros mismos, y la verdad no está en nosotros. Si confesamos nuestros pecados, él es fiel y justo para perdonar nuestros pecados, y limpiarnos de toda maldad”. El creyente no pretende tratar con Dios como si no tuviera ningún pecado, pues eso sería hacer que Cristo fuera inútil en vista de que no habría ninguna necesidad de que Su sangre nos limpiara. No dice que ahora vive sin pecado, pues eso sería hacer de Su limpieza una cosa del pasado, mientras que el Espíritu enseña que es un asunto del presente, que atañe a nuestro presente caminar con Dios. Alegar vivir sin pecado es caminar en tinieblas, pues ese alegato es falso. El hombre que camina en la luz se presenta ante Dios como un pecador a quien la sangre de Jesucristo Su Hijo limpia de todo pecado. Entonces, si tratas sinceramente con Dios, puedes tomar esto como una evidencia de que eres un hombre salvo: si confiesas tu culpa delante de Dios, si tu única esperanza de ser limpiado de ella radica en la sangre de Jesucristo, entonces has llegado a actuar para con Dios en la línea de la verdad y Él te acepta. Tú que no eres un creyente en Cristo, podrías tratar de olvidar que tienes algún pecado o podrías ofrecer algún tipo de paliativo por tu pecado por medio de formas y ceremonias; pero, cuando eres colocado bajo la honesta luz, lo reconocerás con franqueza y cesarás de desempeñar un papel prestado. Tu clamor será: “Examíname, oh Dios, y pruébame”, tu petición será a la ilimitada misericordia de Dios en Cristo Jesús. Ten la certeza de que eres un hijo de Dios cuando confiesas el pecado y tu fe mira a Jesús para que lo quite. “Padre, he pecado”, es el clamor de un hijo que ha nacido verdaderamente. “Dios sé propicio a mí, pecador”, es la oración del hombre que desciende a su casa justificado. Podemos repetir extasiados las palabras de Pablo a los Romanos, “Siendo justificados gratuitamente por su gracia, mediante la redención que es en Cristo Jesús, a quien Dios puso como propiciación por medio de la fe en su sangre, para

manifestar su justicia, a causa de haber pasado por alto, en su paciencia, los pecados pasados”.

En seguida Juan nos da la obediencia como una prueba para el hijo de Dios. Miren el segundo capítulo y comiencen a leer en el versículo tercero: “Y en esto sabemos que nosotros le conocemos, si guardamos sus mandamientos. El que dice: Yo le conozco, y no guarda sus mandamientos, el tal es mentiroso, y la verdad no está en él; pero el que guarda su palabra, en éste verdaderamente el amor de Dios se ha perfeccionado; por esto sabemos que estamos en él. El que dice que permanece en él, debe andar como él anduvo”. Vamos, entonces, amados hermanos, ¿obedecen ustedes la voluntad del Señor con todo su corazón? ¿Es la santidad el objetivo y la meta de su vida? ¿Se esfuerzan por hacer lo que Jesús les pide? ¿Ajustan su reloj de acuerdo al sol celestial? ¿Tratan de ordenar sus caminos y sus pasos según la ley del Señor? ¿Se deleitan también en la ley de Dios según el hombre interior? ¿Prosiguen en pos de la perfecta santidad? Entonces, amado hermano, tú eres siervo de quien obedeces. Ten la seguridad, más allá de toda duda, de que tú eres una de las ovejas de Cristo, pues Él dice: “Mis ovejas oyen mi voz, y yo las conozco, y me siguen”. “El que hace justicia es justo”. Si la gracia te ha hecho obediente, te ha dado vida eterna.

A la vez que solicito su atención, acompáñenme a continuación a considerar la evidencia del amor en el corazón. En el segundo capítulo, lean en el versículo noveno: “El que dice que está en la luz, y aborrece a su hermano, está todavía en tinieblas. El que ama a su hermano, permanece en la luz, y en él no hay tropiezo”. Luego prosigan al versículo catorce del tercer capítulo. “Nosotros sabemos que hemos pasado de muerte a vida, en que amamos a los hermanos. El que no ama a su hermano, permanece en muerte”. Esto te ayudará grandemente a decidir sobre tu caso. ¿Odias a alguien? ¿Estás buscando revancha? ¿No sabes perdonar? Entonces no estás morando en la luz: eres de Caín y no de Cristo. ¿Sientes que amas a tus enemigos, y que, de hecho, no eres enemigo de nadie porque el amor es el principio de tu vida? “El amor es de Dios. Todo aquel que ama, es nacido de Dios, y conoce a Dios”. Tenemos que sentir una benevolencia general hacia todos los hombres, y un amor y una complacencia todavía más intensos por todos los que están en Cristo. Este amor tiene que ser práctico y tiene que conducirnos a ayudar y a socorrer a nuestros hermanos. ¿Tienes

este amor? ¿Sientes un deleite en la compañía de los hermanos porque le pertenecen a Cristo, por pobres e ignorantes que sean? No sentirías que el amor reina en tu espíritu si la verdadera fe no hubiera llegado para morar allí. Un espíritu amoroso evidenciado por una vida amorosa es un verdadero signo de que perteneces a Dios, cuyo nombre es amor. Tengan buen ánimo y entren en la plena certidumbre, oh ustedes cuyos pechos brillan con la sagrada llama del ferviente amor por Dios y por los hombres.

En seguida viene la separación del mundo. Lean en el segundo capítulo y en el versículo quince: “No améis al mundo, ni las cosas que están en el mundo. Si alguno ama al mundo, el amor del Padre no está en él”. Esto es respaldado por el primer versículo del capítulo tercero: “Por esto el mundo no nos conoce, porque no le conoció a él”. ¿Te has enfrentado con la oposición de los impíos? ¿Has descubierto que Ismael se burla todavía de Isaac? Cuando vas a trabajar, ¿adviertes que tus compañeros de trabajo que solían beber contigo tienden a evitarte? ¿Eres tildado de hipócrita por ser un cristiano? Entonces hay una diferencia entre tú y otros y el mundo puede verla. La simiente de la serpiente siseará a la simiente de la mujer: Dios ha puesto una enemistad entre las dos; por tanto, que no te sorprenda eso. ¿No dijo nuestro Señor: “Si el mundo os aborrece, sabed que a mí me ha aborrecido antes que a vosotros; si fuerais del mundo, el mundo amaría lo suyo; pero porque no sois del mundo, antes yo os elegí del mundo, por eso el mundo os aborrece”? Así, la calumnia, el abuso, y otras formas de persecución pueden tornarse para su consuelo al mostrar que ustedes son de ese grupo contra el cual se habla por todas partes.

Junto a eso, en el segundo capítulo, tenemos la evidencia de la continuación en la fe. “Y el mundo pasa, y sus deseos; pero el que hace la voluntad de Dios permanece para siempre. Hijitos, ya es el último tiempo; y según vosotros oísteis que el anticristo viene, así ahora han surgido muchos anticristos; por esto conocemos que es el último tiempo. Salieron de nosotros, pero no eran de nosotros; porque si hubiesen sido de nosotros, habrían permanecido con nosotros; pero salieron para que se manifestase que no todos son de nosotros”. Entre más capacitado es un cristiano a perseverar en santidad, más puede confiar que su religión es la obra del Espíritu de Dios en su alma. “Mas el que persevere hasta el fin, éste será salvo”. La perseverancia es una señal segura de la elección. El justo es el

que se mantiene en su camino, pero los meros fingidores son cual estrellas errantes y flores que se marchitan. Lo que viene y se va no es de Dios: el Espíritu Santo mora permanentemente en los verdaderos creyentes.

La siguiente evidencia la encontrarán en el capítulo tercero y en el versículo tercero, y es, la purificación. “Todo aquel que tiene esta esperanza en él, se purifica a sí mismo, así como él es puro”. ¿Te esfuerzas cada día por ser limpio de pecado; y, cuando has pecado, vas en la noche con amargo arrepentimiento a Dios, y le pides ser liberado de él? ¿Estás luchando contra los pecados que te asedian? ¿Contiendes contra las costumbres del mundo? ¿Has llegado a ser un guerrero que combate contra el mal? Eso debe servirte de evidencia de que hay en ti un nuevo espíritu que no estaba allí por naturaleza, y eso debe demostrarte que has sido vivificado a una vida nueva. El conflicto y la victoria son evidencias de la gracia. “En esto conocemos que amamos a los hijos de Dios, cuando amamos a Dios, y guardamos sus mandamientos. Pues este es el amor a Dios, que guardemos sus mandamientos; y sus mandamientos no son gravosos. Porque todo lo que es nacido de Dios vence al mundo; y esta es la victoria que ha vencido al mundo, nuestra fe”.

Además, en el versículo veintiuno del tercer capítulo nos encontramos con otra bendita evidencia que consiste en una clara conciencia, “Si nuestro corazón no nos reprende, confianza tenemos en Dios”. Dicen de nosotros que nos buscamos a nosotros mismos o que somos hipócritas; pero si podemos poner nuestra mano sobre nuestro corazón y decir: “Señor, tú lo sabes todo; tú sabes que te amo”, tenemos la mejor base para una plena seguridad. Una conciencia purificada de obras muertas para servir al Dios viviente es uno de los sellos del Espíritu Santo en esa epístola que Él ha escrito en nuestros corazones. Este divino testimonio es un privilegio que nadie posee sino los regenerados. Demuestren que están limpios en la corte de la conciencia para que sepan que tienen vida eterna.

Además, encontramos una evidencia en las respuestas a la oración: “Y cualquier cosa que pidiéremos la recibiremos de él, porque guardamos sus mandamientos, y hacemos las cosas que son agradables delante de él”. ¿Oye Dios tus oraciones? Entonces tú eres agradable a Sus ojos. ¿Tienes el hábito de hablar con Él, y Él te responde? Entonces estás de acuerdo con

Dios. ¿Te concede el deseo de tu corazón? ¿No es porque te deleitas en Él? Él no oye a los que intencionalmente viven en pecado, pero Él oye a todo aquel que hace Su voluntad. Puedes mirar a toda oración respondida como otra señal del amor de Dios por ti en Cristo Jesús tu Señor.

Adherencia a la verdad es otra ayuda para la plena certeza. Lean todo el capítulo cuatro: “Amados, no creáis a todo espíritu, sino probad los espíritus si son de Dios; porque muchos falsos profetas han salido por el mundo”. En el versículo seis dice: “Nosotros somos de Dios; el que conoce a Dios, nos oye; el que no es de Dios, no nos oye”. Leí el otro día una declaración de un cierto teólogo docto en la que afirmaba que la doctrina evangélica que nosotros predicamos no es el cristianismo, sino el paulinismo. Mediante esa expresión ese teólogo se condenaba a sí mismo. Juan dice: “Nosotros somos de Dios; el que conoce a Dios, nos oye; el que no es de Dios, no nos oye. En esto conocemos el espíritu de verdad y el espíritu de error”. El que no oye a los apóstoles, no oye al Maestro de ellos. El que se atreva a decir que Pablo no nos ha dado el Evangelio, no es de Cristo, pues Jesús dice: “El que a vosotros recibe, a mí me recibe; y el que me recibe a mí, recibe al que me envió”. El testimonio del Espíritu Santo dado por medio de labios apostólicos es tan seguro como el testimonio dado por el propio Hijo de Dios; y es una categórica rebelión contra el Espíritu Santo graduar Sus expresiones, ya sea que vengan a través de profetas, apóstoles, o de Cristo mismo. El que hace que esto sea cierto y aquello falso, o que esto sea cierto y aquello todavía más cierto, ha menospreciado al Espíritu de Dios que habla como le place, pero que siempre es infalible. El que cuestiona lo que el Espíritu dice no tiene al Espíritu de Cristo morando en él. Si has tomado a la Escritura como tu guía y retienes firme la verdad de Dios, eres una de las ovejas de Cristo, de quienes dice: “Mas al extraño no seguirán, sino huirán de él, porque no conocen la voz de los extraños”. Oponerse al detestable espíritu de esta época y a todo lo demás que quisiera corromper el Evangelio de Cristo es el indicio de la verdadera simiente. Si tú das testimonio de la verdad, la verdad da testimonio de ti. Bienaventurados aquellos que están firmes en la esperanza a la que Él los ha llamado.

Una de las mejores evidencias de la verdadera fe y una de las mejores ayudas para alcanzar la plena certeza, es una santa familiaridad con Dios.

Lean en el cuarto capítulo, en el versículo 16: “Y nosotros hemos conocido y creído el amor que Dios tiene para con nosotros. Dios es amor; y el que permanece en amor, permanece en Dios, y Dios en él. En esto se ha perfeccionado el amor en nosotros, para que tengamos confianza en el día del juicio; pues como él es, así somos nosotros en este mundo. En el amor no hay temor, sino que el perfecto amor echa fuera el temor; porque el temor lleva en sí castigo. De donde el que teme, no ha sido perfeccionado en el amor. Nosotros le amamos a él, porque él nos amó primero”. Oh, amado hermano, si has llegado a hablar con Dios como un hombre habla con otro, si moras en Él, si cada día le dices más a Dios de lo que les dices a los hombres, y si encuentras más gozo en la comunión con Dios del que encuentras en todo el mundo, entonces eres de los Suyos. Dios nunca hizo que un hombre le conociera y le amara, para echarlo fuera luego. La vida eterna está seguramente en ti si has entrado en el lugar secreto de los tabernáculos del Altísimo y moras bajo la sombra del Todopoderoso. Cuando ya no tienes más ese temor servil que te hace retroceder, sino esa confianza infantil que te acerca más y más a Dios, entonces eres Su hijo. El espíritu de adopción es una clave del testimonio seguro del Espíritu de Dios. El que puede decir que Dios es su gran alegría está entre los vivientes en Sion.

IV. Ahora quiero concluir sólo que no quisiera dejar fuera el último punto: EL SUPLEMENTO AL PROPÓSITO DE JUAN. El apóstol lo expresa así: “Para que creáis en el nombre del Hijo de Dios”. Yo creo que quiere decir esto: nunca te vas a meter en un estado tal que digas: “Tengo vida eterna, y por tanto, no necesito confiar simplemente en la sangre y en la justicia de Jesucristo. Nací de nuevo hace años por lo que puedo vivir ahora sin el ejercicio cotidiano de la fe”. “No” —dice el apóstol— “estoy escribiendo esto a los creyentes, y yo les digo que si bien pueden tener plena certeza, eso no puede ser un sustituto de la fe habitual en el Señor Jesús”. Personalmente deseo decir esto: hace más o menos treinta y cuatro años que creí por primera vez en Cristo Jesús, y entonces vine a Él sin tener nada en mí mismo y lo tomé a Él para que fuera mi todo. En este momento poseo una clara y comfortable seguridad de que tengo vida eterna; pero hoy mi base de confianza es exactamente la misma que fue cuando vine a Cristo por primera vez. No tengo ninguna confianza en mi confianza; no pongo ninguna confianza en mi propia certeza. Mi certeza estriba en el hecho de

que “Cristo Jesús vino al mundo para salvar a los pecadores”, y “El que cree en el Hijo tiene vida eterna”. Yo creo en Él, y por tanto yo sé que tengo vida eterna. Hermanos, no se muevan más allá de eso. Apéguense a su primera fe. Sin importar cuán lejos vayan en otras direcciones, permanezcan firmes en su fe indivisa en Jesús. Si piensan que es sabio examinar estas evidencias y estos signos que les he dado, háganlo; pero si piensan obtener alimento de ellos encontrarán una alacena vacía. Si piensan que pueden vivir sin Cristo, y sólo de lo que han conocido en el pasado, están grandemente equivocados. Es como procurar vivir de un maná rancio. Ninguno de ustedes habría hecho eso en el desierto; pronto lo habrían desechado. Cuando tenía más de un día “criaba gusanos, y hedía”. Cualquier cosa sobre la que pongas tu mira, fuera de Cristo, se pudrirá a su tiempo de manera que la aborrecerás. Amados, cada vaso, ya sea un gran frasco o una copita, debe colgar de un clavo que está sujetado en un lugar seguro. Si te apartas de Jesús, te vas a extraviar en una tierra de tinieblas y de sombra de muerte.

Si soy un hijo de Dios o no es una cuestión que no voy a discutir hoy. Yo soy un pecador, y Jesucristo vino para salvar a los pecadores, y aquellos que confían en Él son salvos. ¡Por tanto, yo confío en Él! ¡Por tanto, yo soy salvo! La Palabra de Dios lo declara. Bendito sea Su nombre por los siglos de los siglos. Amén.



(α) Porción de la Escritura leída antes del sermón: 1 Juan 5. [Copiado más abajo] [\[volver\]](#)

1 Juan 5

La fe que vence al mundo

1 Todo aquel que cree que Jesús es el Cristo, es nacido de Dios; y todo aquel que ama al que engendró, ama

también al que ha sido engendrado por él.

2 En esto conocemos que amamos a los hijos de Dios, cuando amamos a Dios, y guardamos sus mandamientos.

3 Pues este es el amor a Dios, que guardemos sus mandamientos; y sus mandamientos no son gravosos.

4 Porque todo lo que es nacido de Dios vence al mundo; y esta es la victoria que ha vencido al mundo, nuestra fe.

5 ¿Quién es el que vence al mundo, sino el que cree que Jesús es el Hijo de Dios?

El testimonio del Espíritu

6 Este es Jesucristo, que vino mediante agua y sangre; no mediante agua solamente, sino mediante agua y sangre. Y el Espíritu es el que da testimonio; porque el Espíritu es la verdad.

7 Porque tres son los que dan testimonio en el cielo: el Padre, el Verbo y el Espíritu Santo; y estos tres son uno.

8 Y tres son los que dan testimonio en la tierra: el Espíritu, el agua y la sangre; y estos tres concuerdan.

9 Si recibimos el testimonio de los hombres, mayor es el testimonio de Dios; porque este es el testimonio con que Dios ha testificado acerca de su Hijo.

10 El que cree en el Hijo de Dios, tiene el testimonio en sí mismo; el que no cree a Dios, le ha hecho mentiroso, porque no ha creído en el testimonio que Dios ha dado acerca de su Hijo.

11 Y este es el testimonio: que Dios nos ha dado vida eterna; y esta vida está en su Hijo.

12 El que tiene al Hijo, tiene la vida; el que no tiene al Hijo de Dios no tiene la vida.

El conocimiento de la vida eterna

13 Estas cosas os he escrito a vosotros que creéis en el nombre del Hijo de Dios, para que sepáis que tenéis vida eterna, y para que creáis en el nombre del Hijo de Dios.

14 Y esta es la confianza que tenemos en él, que si pedimos alguna cosa conforme a su voluntad, él nos oye.

15 Y si sabemos que él nos oye en cualquiera cosa que pidamos, sabemos que tenemos las peticiones que le hayamos hecho.

16 Si alguno viere a su hermano cometer pecado que no sea de muerte, pedirá, y Dios le dará vida; esto es para los que cometen pecado que no sea de muerte. Hay pecado de muerte, por el cual yo no digo que se pida.

17 Toda injusticia es pecado; pero hay pecado no de muerte.

18 Sabemos que todo aquel que ha nacido de Dios, no practica el pecado, pues Aquel que fue engendrado por Dios le guarda, y el maligno no le toca.

19 Sabemos que somos de Dios, y el mundo entero está bajo el maligno.

20 Pero sabemos que el Hijo de Dios ha venido, y nos ha dado entendimiento para conocer al que es verdadero; y estamos en el verdadero, en su Hijo Jesucristo. Este es el verdadero Dios, y la vida eterna.

21 Hijitos, guardaos de los ídolos. Amén.

Reina-Valera 1960